

JOSÉ CARRILLO

EDUCACIÓN Y SOCIEDAD

HARTO TEÓRICO y académico parece el tema, pero pugnaremos por despojarlo de afectada austeridad, más propia del tratado o el estudio. Deberá poseer la circunstancia de México como desiderátum y en la medida en que este panorama posea preferente inquietud, se le estará impartiendo universalidad. Parafrasear al poeta de Francia: “cuanto más francés me siento, me siento más humano”, parecería a simple vista la patriotería cursi de aldea, pero ése es el humanismo colmado de una gran cuestión que atañe al hombre, formúlase en función de una savia nutricia que asciende por el follaje y da el sabor de la tierra.

Vivimos bajo el signo de las ciencias sociales como el siglo XIX vivió casi bajo el influjo tutelar de las ciencias naturales que impregnaron desde la literatura hasta los pininos de la sociología. ¡Comte, Darwin y Spencer lo confirmarían; el naturalismo de la novela lo cohonestaría a plenitud; la visión social de las cuestiones contemporáneas ni son ya de la exclusiva atención del especialista y muchas veces el sociólogo profesional lo que hace es traducir una cuestión vital e inquietante al lenguaje esotérico de los iniciados. El problema educativo, fenómeno íntegramente social por sus orígenes y finalidades, es ya caballo de batalla del político auténtico y del economista, del investigador social y el antropólogo: ya no es patrimonio exclusivo del pedagogo y el sociólogo. El hombre del pueblo y la organización obrera o campesina, la estiman trascendente.

Y aunque no sería de modo alguno impropio hablar en esta casa benemérita de un tema abstracto y doctrinario de sociología pedagógica, anhelo que me acompañéis a reflexionar sobre algunos problemas mexicanos de nuestros días. Es claro que, sin una concepción teórica ágil, todo análisis pragmático es mero farfullar empirista.

El México de hoy vive bajo el patrocinio tutelar de la Revolución

Mexicana. Y asentaríamos aquí un soberano lugar común si repitiésemos que la educación mexicana padece una honda crisis que ya no puede ocultar ni el menos perspicaz ni el optimista que más frecuentemente palmorea ante los logros progresivos del país. ¿Es la carencia de doctrina filosófica para nuestra educación? ¿Es deficiencia en las técnicas didácticas y en el quehacer metodológico? ¿Es el crecimiento demográfico del país y la insuficiencia de los recursos presupuestarios? ¿Son las fuerzas heteróclitas en pugna en la sociedad mexicana con precaria unidad aún? ¿Es crisis de la Revolución Mexicana en la etapa del desarrollo nacional que toma otros rumbos en el crecimiento de sus fuerzas productivas? Los obcecados y los pedantes le dan énfasis unilateral y exclusivo a escuetos problemas de éstos. A veces el árbol no les deja ver el bosque.

Padecemos hogaño —y no sólo en México sino en la mayoría de los países— dos morbos pedagogizantes, dos exageraciones deformadoras: el filosofismo que hace derivar todo éxito de la formulación densa, tupida y exuberante de doctrinas y teorías y lo que yo llamaría *metodologismo*, que hace derivar el éxito de la profusión de técnicas didácticas, aunque se apliquen irracionalmente; de análogo modo, la araña sería primorosa artista textil, el topo hábil zapador de trincheras e inspirado arquitecto de novísimos edificios “funcionales” la abeja. ¡No importa lo que enseñemos ni para qué enseñemos, lo importante es cómo enseñemos! Es ésa la peregrina posición de los metodologistas. Y de veras que así estamos al garete en alta mar.

Es que la educación, como fenómeno social, es un corte horizontal de la sociedad que todo lo revela y manifiesta, casa de muñecas sin una pared que todo lo descubre: lo enteco y canijo de una figura, lo rollizo y desproporcionado de otra. ¿Recordáis *El Diablo Cojuelo* de Vélez de Guevara levantando tejados y techumbres para mostrar pecados pródigos y virtudes exiguas, llagas de la carne y úlceras del alma? Así es la educación. Dícese insistentemente que urge elaborar una doctrina de la educación mexicana para parar en seco su crisis aguda. Es claro que en épocas de crisis, las doctrinas proliferan como los hongos. ¿En las crisis cíclicas del capitalismo padecidas por Gran Bretaña o los Estados Unidos bastaron las tesis económicas de Bedverige o Keynes para detenerlas? ¿El existencialismo de Sartre, le ha dado a la Francia de nuestros días la tesis de la resurrección de sus valores? ¡Tomemos una doctrina pedagógica o filosófica y si la realidad social mexicana no se ajusta a ella, hagamos como el Procusto famoso: o lo distorsionamos hasta la medida del lecho y lo descoyuntamos, o sencillamente le cercenamos un extremo! Así estará concluida

la obra. Esos pedagogos “nylon”, de alma postiza, que mudan de horizonte ideológico como las víboras de piel, pretenden importar la doctrina pedagógica mexicana de Londres o París, Washington o Moscú. Importar doctrinas educativas es tanto como la engañifa que hace con su vuelo la mítica cigüeña trayendo niños de París que son “made in Mexico”. Una doctrina educativa emana del ámbito nacional y es expresión intransferible de la propia sociedad de que es expresión, es fenómeno sin posible trasplante ni siquiera aclimatación; pueden abrevarse sugerencias del acervo indiviso de la cultura humana, que no tiene horizontes ni razas ni climas, pero no se pueden importar modelos. Puede injertarse el mundo en México, pero la cepa y la raíz han de ser de México.

¿Cuál es la doctrina de la educación mexicana? ¡Ninguna —dicen los que han leído quisicosas francesas o británicas de medio pelo y no han tenido tiempo de estudiar historia de México. Existe una doctrina pedagógica siempre, sin pedagogos, con pedagogos e inclusive a pesar de ellos. Se me ocurre ejemplificar este hecho con aquel pasaje tragicómico en la vida de Pestalozzi, según nos cuenta su biógrafo Flolich. Devoto discípulo de la Revolución Francesa y del naturalismo de Rousseau, se opuso durante muchos años a que su propio hijo ingresara en una escuela porque “la naturaleza —decía él— es la que todo lo hace”. Guillaume, el biógrafo notable del gran pedagogo nos refiere en detalle el hecho. Un día, con extraordinario asombro suyo, comprueba que su hijo sabía leer y escribir a las mil maravillas. Aunque su ingenuidad era morrocotuda, se negó a creer que aquello era un milagro; se puso a investigar y descubrió que su propia esposa, a escondidas suyas, le había enseñado a leer. En forma análoga se comporta la realidad social con los pedagogos adeptos a las doctrinas empingorotadas que tratan de forjar el destino trascendente del hombre; mientras ellos creen forjar el futuro y el alma de los educandos, ya la sociedad, la realidad dramática de la vida les ha enseñado a “escondidas” hasta una filosofía de la existencia. ¿Recordáis a aquel genio humanista, sarcástico y paradójico que fue Miguel de Unamuno? Nada supera como sátira contra la pedantería pedagógica la agudeza de su novela *Amor y Pedagogía*. Don Avito Carrascal —el principal protagonista— es un obsesivo y fanático partidario de la “pedagogía sociológica”; ella crea genios en incubadora, modela las tendencias, encauza las aficiones, sofrena los sentimientos y hace un superhombre de un papanatas; se dispone a engendrar conscientemente un genio y lo primero es buscar el molde. De dos hermanas casaderas, prefiere la rolliza, corpulenta y rubia, porque los genios deben poseer tales madres... Prepara la consabida misiva amorosa

con alusiones a la embriología y al protoplasma, al líquido amniótico y a la placenta. Afirma que el amor capaz de engendrar un genio debe ser "deductivo" porque ha de partir de concepciones extra-humanas para llegar a la elección. Cuando va entregar la carta amorosa, comienza la vida a jugarle la mala pasada; no encuentra a la rubia sino a la hermana morena que tiene pupilas de diamante negro, caderas de oleaje marino y busto como el Cofre de Perote multiplicado por dos. ¿Qué le ocurre? Pues se le olvida el amor "deductivo" y le entrega la carta a la morena. Después, cuando ésta ya es su mujer y está encinta del genio, comienza la eugenesia, la dietética, la gimnasia, la alusión a los grandes genios de la humanidad para que los reflejos fijen la imagen de la grandeza; después es la homicultura y la fisioterapia en el cerebro del presunto genio. Ya ha sido nombrado Apolodoro, porque en griego quiere decir don de Apolo, portador de Dios, padre de la verdad y de la vida. Y el Apolodoro es el conejillo de Indias de la pedagogía sociológica en manos del taumaturgo que es don Avito Carrascal; aquél será pasmo de los siglos y portento de la humanidad. Pretende cebarlo como pavo pascual y el presunto genio sale enteco y blandengue; quiere darle reciedumbre a su carácter y lo tiene pusilánime y gelatinoso, osa forjar un científico frío y calculador y sale un poetastro gembundo y sentimentaloides, pretende que sea inmune al amor y el mozuelo se enerva en el fondo de unas pupilas y en las ondas de una cabellera; al supuesto genio le birlan la novia y cuando va a desafiar al rival, le tiemblan las piernas; el Pigmalión del genio lo quiso iconoclasta y ateo, y la madre lo hace creyente, devoto y hasta "mocho"; consagrado a los altos destinos de la especie humana, tiene amoríos nada poéticos con una sirvienta y en una crisis histérica indomeñable, concluye por colgarse de una viga de la manera menos pedagógica y menos sociológica posible. . . Ello marca la apoteosis de la pedagogía sociológica de don Avito Carrascal que hoy tiene tantos colegas y correligionarios entre nosotros. . .

El binomio sociedad-educación será indisoluble. Si alguien pretende ponerse a contrapelo del ámbito social en materia educativa, será un émulo de don Avito Carrascal. Pero ello también nos sitúa ante dos posiciones doctrinarias en filosofía de la educación: o somos adeptos del optimismo pedagógico que supone la capacidad ilimitada de aquélla para modelar plásticamente al ser humano o somos adeptos del pesimismo pedagógico que tiene teoría insuperable en el refrán popular de tanta solera española afirmando que "lo que natura no da, Salamanca no presta" y hace estéril todo esfuerzo y nugatorio todo propósito. Si nos afiliáramos al pesimismo pedagógico, ¿para qué lucharíamos en la forja de nuevas generaciones? ¿Por

qué desvelarnos en la imagen promisoriosa del México futuro? ¿Qué nos importaría el tipo de mexicano que debemos esculpir como promotor esforzado y consciente del progreso de México? Pero por supuesto que no queremos legiones de Apolodoros, porque un neurópata puede suicidarse y un pueblo jamás se suicida. . .

Es mucho más hondo el sentido de la crisis educativa. Ella entronca con el contenido actual de la Revolución Mexicana y le da perfiles políticos. Pero es más. Hay crisis educativa en las dos terceras partes de la tierra: no se escapan países de secular tradición y magistral madurez como Gran Bretaña o Francia, Alemania o Italia. No hacemos filosofía de la historia sepulcral o de réquiem, ni aludimos a Spengler, Toynbee o filósofos que imitan el canto del cisne en esta hora. El régimen político basado en la propiedad privada y la sociedad escindida en clases antagónicas toca a su fin. La educación no será ni trompeta de Jericó para derrumbar muros, pero tampoco Josué bíblico para detener el curso del sol. Si naufraga el régimen social y político cimentado en la propiedad privada, el oleaje batirá cuanto de aquél haya emanado en centurias de elaboración de bienes y valores culturales: desde la filosofía al derecho, desde la moral al arte, desde la pedagogía a las concepciones metafísicas y teogónicas del mundo. . . La educación forma parte de esa techumbre erigida sobre las condiciones materiales de la existencia; cada pedagogo o cada teórico de la educación —aun inconscientemente o sin proponérselo— es un exegeta de una sociedad que pugna por conservar o que lucha por transformar en sus valores esenciales. Y aunque se haga literatura novelesca o política con la educación, resulta de idéntico modo: desde la *Ciropeia* de Xenofonte hasta el *Telémaco* de Fenelón, desde el *Emilio* de Rousseau hasta el *Poema Pedagógico* de Makarenko, desde el *Periquillo* y la *Quijotita* de Fernández de Lizardi hasta el Programa del Partido Liberal que formula en 1906 las demandas educativas de la revolución.

México se inicia en la etapa del capitalismo industrial y ya posee atisbos de capitalismo bancario sin haber emergido plenamente de las formas larvarias de capitalismo mercantil; el régimen semi-feudal del agro aún es rémora del progreso nacional: nuestro capital es una exigua proporción de extracción nacional y condúcese como subsidiario del extranjero y mascarón de proa de inversiones foráneas. México sigue siendo un país demográficamente rural; la segunda Guerra Mundial acrecentó el predominio del capital inversionista extranjero en la economía nacional; la renta nacional tanto como el producto social global crecen cuantiosamente y en la misma cuantía su distribución es contraria al bienestar de la sociedad mexicana.

Con ello se acrecienta el número de los opulentos y crece en proporciones infinitesimales el número de los mendigos. Y dicen pedagogos *de petate* que educar es adaptar y condicionar la individualidad al medio. ¿Para esta realidad social que sólo se acuerda del indio para hacer antropología demagógica o farragosas monografías etnográficas o que se acuerde de la mujer en coyunturas electorales, es que queremos formular una doctrina de la educación mexicana? Esto acontece en grandes rasgos en los países más avanzados de la Europa occidental. ¿Son esas doctrinas anacrónicas y caducas las que importaremos para adaptar la realidad mexicana a su molde y proporciones? ¡Romántica evasión en el tiempo pedagógico y en el espacio social! ¡Ahora añoro mi infantil barquito de vela hecho de jícara y mi caballo de palo de una rama de mango tropical! ¡O salgamos con las doctrinas económicas de Adam Smith o David Ricardo en pleno siglo xx a interpretar la concentración del capital y la dominación internacional merced a las inversiones irrestrictas y los empréstitos!

Émulos de don Avito Carrascal serían los empeñados en cortarle un traje pedagógico a México sin tomarle las medidas o deslumbrar a los incautos con petulantes y enfáticas antropologías, filosofías o sociologías pedagógicas que no emanaran de su fisonomía histórica intransferible, de la filosofía jurídica del Estado mexicano perfectible y sujeto a mudanzas históricas en la medida en que nuevas fuerzas sociales impregnen y marquen en él la impronta de sus apetencias vitales.

Paréceme esencial partir del extremo contrario. Diría que, lo básico es pedagogizar la sociedad; transformarla en armonía de ideales humanistas permanentes, como patrimonio unitario del hombre de México, sin demagogías populacheras de calzar huarache por esnobismo o vestir jorongo para disfrazarnos de turistas, sino elevar el huarache a la zapatilla dorada y darle a la toga del magistrado la respetabilidad del jorongo... ¡Sociedad unitaria, homogénea, heredera del mejor pasado sin pintoresquismo folklórico y con los pies bien incrustados en el barro de México! Será así entrañable en su mexicanidad y de validez ecuménica en su contenido humano. Pero pedagogizar la sociedad implica también una pedagogía de la cultura mexicana; el conjunto de valores elaborados por la experiencia social del hombre adecuados a la fisonomía y perfil nacionales presupone un aprovechamiento totalizador que hace plástica su influencia sobre el ciudadano de México. Siempre coexisten en forma pugnaz tres expresiones culturales. Una es reminiscencia y vestigio de estructuras sociales caducas, otra, emanación de la predominante del presente: la última, escorzo impreciso del estadio social que se gesta en las entrañas del presente. Y habrá

por ende, tradiciones culturales progresivas y tradiciones perniciosas que urja erradicar; folklorismo de postal turística que trate de idealizar desde el hambre hasta la servidumbre, y habrá pujante expresión del pueblo engendrando perennemente formas superiores de convivencia colectiva. Es esa la función histórica que desempeña la unidad nacional en torno a objetivos cenitales. ¿Para qué imitar a don Avito Carrascal espigando por los vericuetos de la historia? Quien se ponga a contrapelo de ella, será arrumbado como trasto viejo y carcomido.

El proceso educativo posee tres expresiones con precisos perfiles: el hecho pedagógico como fenómeno social espontáneo, la teoría pedagógica como proyección doctrinaria de finalidades y la política educativa como sistematización colectiva de un quehacer diluido en toda la sociedad. El hecho pedagógico en sí, ya vimos que no es capaz de evitarlo ni don Avito ni el mismísimo Pestalozzi; escapa por espontáneo y difuso y juega la mala pasada de burlarse hasta del filósofo y el pedagogo más avisados. La teoría educativa no medra en invernaderos ni puede pasar por aduana alguna aunque pague crecidas tasas: debe emanar de la propia sociedad de que es reflejo. ¿Hemos olvidado la inefable educación socialista de la reforma constitucional del artículo 3ro. de 1934? ¿Qué pasó con las técnicas encantadoras de Montessori, el método Cousinet, el método de proyectos y el plan Dalton, el sistema Winnetka y el método de problemas; ¿qué con las decantadas coordinación y globalización? ¿Qué se han hecho el método Decroly y el de juegos y el de estudios dirigidos? John Dewey deslumbró a Moisés Sáenz con el vitalismo pragmatista, la enseñanza preparatoria se fragmentó en dos ciclos, proliferaron los bachilleratos y ahora, tras sesudos y reiterados conciliábulos que imitan al de los doctores del *Rey que rabió*, se dictamina el regreso al bachillerato único, que no es más que un hijo enteco y escuálido del que esbozó Gabino Barreda en la ley del 2 de diciembre de 1867 con un contenido consecuentemente humanista.

Otros descubren el Mediterráneo pedagógico diciendo que lo que llaman enseñanza audio-visual —y mal dicho por cierto— es todo un sistema doctrinario cuando no es más que una técnica metodológica que ya tiene ahora exactamente tres siglos con el tricentenario de la *Didáctica Magna* de Comenio y que en México preconizaron, desde los orígenes pedagógicos mexicanos tras la restauración de la República, Antonio P. Castilla, Vicente Hugo Alcaraz, José Manuel Guille y Manuel Flores. Son los que importan comales y elotes asados. No en balde decía Lorenzo Filho, el

ilustre pedagogo brasileño, que “no había novedad más vieja que la escuela nueva”.

Ahora el pedantismo tiene caracteres de vodevil como en *La culta dama*, de Salvador Novo. Es el caso de la llamada psicotecnia pedagógica y de las nunca como se debe alabadas pruebas objetivas. En varios congresos hemos probado que no son ni pedagógicas ni objetivas y que son mera engaño y defraudación. Corresponden técnicamente a la etapa capitalista industrial de la automatización y la racionalización de la producción. Son procedimientos como los de la “cadena” y la “cinta” que satirizó genialmente Charles Chaplin en aquella obra maestra de la cinematografía que fue *Tiempos modernos*. No prueban el máximo de conocimientos sino el mínimo de ignorancia; fomentan el mutismo y la afasia porque evitan el empleo del mayor vehículo social de intercambio cultural que es el lenguaje; regimentan y uniforman las reacciones del escolar haciendo tabla rasa de las diferencias individuales. La riqueza humana de la sociedad radica en la plenitud del desarrollo individual fluyendo en los cauces de la conciencia colectiva. Esos pedagogos también engolan la voz y hablan de ontología fenomenológica y neo-psicoanálisis terapéutico de neuropatías que se reducen con la uniformidad del reactivo. Un nuevo Unamuno escribiría estupenda novela satírica que podría intitular *Amor y Psicotecnia*. Ellos pretenden transplantar la pedagogía yanqui, pero como son lectores de *Selecciones* y no de obras serias ni poseen informes reales, ignoran que las llamadas pruebas objetivas ya se van descartando en la misma Norteamérica. . .

¡México no necesita ciudadanos en serie, uniformados espiritualmente, sino hijos de vigorosa personalidad que aporten su nota individual a la sinfonía nacional!

La política educativa posee, no virtudes taumatúrgicas de varita mágica, pero si es índice inequívoco de una sociedad. La educación es función del Estado contemporáneo sin posible concurrencia de la libre iniciativa: en tal tenor, la política de la educación norma la acción estatal. Y si el Estado mexicano es producto de la Revolución Mexicana, ¿cuál fue la desiderata de la Revolución en materia educativa? La escuela que emana de una revolución victoriosa no es la consecuencia de una teoría ni de la materialización del anhelo de un pedagogo, sino el resultado de fuerzas e ideales colectivos en lo económico, social y político que en función dramática fecundaron el proceso revolucionario. Viene luego el teórico y el ideólogo que sistematiza y precisa el ideario que aportó la revolución. Así pasó en la francesa de 1789 y en la socialista de 1917. El pensamiento di-

fuso de los enciclopedistas en materia pedagógica lo precisaron Filangieri, Condorcet o Pestalozzi; las ideas vagas de Marx y Engels las perfilarían Pinkevich, Medinzky o Makarenko. En la abundosa y prolífica literatura política de planes y programas de la Revolución Mexicana, existe la singular circunstancia de que apenas tres de ellos aluden a la cuestión educativa: el Programa del Partido Liberal de 1.º de julio de 1906, el Plan Político-Social proclamado por los Estados de Guerrero, Michoacán, Tlaxcala, Campeche, Puebla y el Distrito Federal en la Sierra de Guerrero el 18 de marzo de 1911 y el Plan de Santa Rosa, proclamado en Chihuahua el 2 de febrero de 1912. Los tres planes de mayor repercusión en la vida social del México revolucionario: San Luis, Ayala y Guadalupe, no dedican ni siquiera una sola palabra a la cuestión educativa. Pero lo que en 1906 demandaba el Partido Liberal con tesis impregnadas de Proudhon, Bakunin y el catalán Ferrer, ya hacía décadas que había constituido el caballo de batalla de Joaquín Baranda y Justo Sierra, y eso bajo la oligarquía feudal del porfirismo. No rebasaba en política educativa el laicismo, la obligatoriedad y gratuidad de la enseñanza y el trabajo manual. En los congresos pedagógicos de 1889, 1891 y en el de educación primaria de 1910 en vísperas del derrocamiento del régimen, habíanse planteado cuestiones de organización gubernativa de la educación. Preguntaréis: —¿Dónde se quedaron tales resoluciones y acuerdos? Os contestaré: donde mismo los millares de resoluciones de los millares de congresos pedagógicos efectuados de la Revolución para acá. Una buena revista reciente: *Problemas Educativos de México* casi dedica un número especial monográfico a historiar y hacer recuento de nuestros últimos congresos, conferencias y asambleas pedagógicas. Es que a la educación, en ningún país de la tierra se le comunica una doctrina por ensalmo o exorcismo; no se formula una doctrina pedagógica con leyes, decretos, circulares ni planes de gobierno, ni siquiera con la verborrea inacabable de los congresos en los que según los prestidigitadores que satirizaba Lope de Vega,

*echan cintas por la boca
de diferentes colores.*

Si la educación mexicana está encaminada a crear mexicanos, ciudadanos de una patria, con fe devota en sus destinos, soberanía e independencia, unidad e integridad ¿es correcto pensar en imponer restricciones y taxativas a los actos de aprender y enseñar que contradigan esas finalidades del Estado producto de la revolución de 1910? Creemos que el Estado

moderno traicionaría intereses colectivos de no hacerlo. Y no parafraseamos a don Avito Carrascal cuando asentamos que la educación comienza donde termina la eugenesia; por ser el individuo una mera abstracción o entelequia metafísica, el individuo es obra plástica de la sociedad.

Nuestra crisis educativa, a la cual ha consagrado un número monográfico la revista *Problemas de Latinoamérica*, posee, junto a modalidades genéricas de toda crisis pedagógica, perfiles genuinos. Es evidente que carece la educación mexicana de una meta que actúe con fuerza decisiva sobre todo el acervo cultural y entre los múltiples síntomas que revela está la multiplicidad contrapuesta de doctrinas. Se refleja en los problemas de la educación popular, de la agrícola y de la técnica, de la enseñanza normal y la secundaria, en la preparatoria y en la facultativa. Se revela en la aceptación de aparentes ayudas desinteresadas que vienen del extranjero para fomentar dizque nuestro desarrollo. Es que ni el mismísimo Comenio que resucitara para poner coto a nuestra crisis educativa podría hacerlo sin valorizar en conjunto la sociedad mexicana en forma indivisible. Hasta un meritorio pensador como Leopoldo Zea empéñase en proclamar la "necesidad de una doctrina educativa nacional." Él ha importado existencialismos e historicismos más o menos trascendentales, pero no será capaz jamás de importar una doctrina educativa ajena al perfil de México. Para conocerlo, urge el estudio crítico de la historia de la educación mexicana que nos pone en la senda más segura para penetrar en la historia de nuestro pasado, habida cuenta de que jamás se encontrará una *cultura mexicana pura*, la que es una ficción tan garrafal como una raza pura.

¿Será necesario repetir que la teoría pedagógica, que la doctrina educativa no podrá jamás ser invención del pensamiento reflexivo? ¿Repetiremos que son intransferibles los modelos pedagógicos? ¿Quiere ello decir en definitiva que México carece de doctrina pedagógica? Es falso de toda falsedad. Es como dice el pueblo: —Fulano carece de carácter. Y de carácter no carece ningún hijo de vecino mal que le pese al supuesto psicólogo. Tal doctrina se manifiesta con una vivisección de la sociedad. La Constitución Política de 1917, más o menos vigente, la contiene en esencia; en ello ha insistido certeramente José Angel Ceniceros cuando le obsede el análisis de la Carta de Querétaro en relación con nuestro proceso educativo no sólo diluido en el artículo 3ro.; tenazmente también ha perseverado en un libro reciente, *Educación y mexicanidad*, en rastrear el hilo conductor de la doctrina educativa mexicana en la exaltación de valores nacionalistas que posean el contenido humano como denominador común.

Yo creo en la urgencia de un neo-humanismo que sitúe en su justo me-

dio la exageración e hipertrofia de una tecnocracia que está en bancarrota en los mismos países super-industrializados, y ellos sin preconizar las humanidades apergaminadas de las exclusivas lenguas clásicas, estimo como instrumento insuperable de unificación mexicana a la lengua nacional. El tornarnos gabachos o *pochos* en la suprema palanca de integración nacionalista que es la lengua española, es abdicar de la soberanía y formarnos mentalidad anexionista.

Esta tesis de pedagogía y sociología de la cultura mexicana es la que preconiza el Museo Pedagógico Nacional, máximo instituto de investigación científica en materia pedagógica en México y lo patentiza a cabalidad en la exposición que ha despertado aquí en Xalapa, como en la ciudad de México, apasionante interés y no pocas controversias en nuestros medios intelectuales. La tesis es nítida y el hilo conducto perceptible. México es uno e indivisible en sus logros culturales: el proceso constitucional que va de Apatzingán a Querétaro, pasando por 1824 y 1857, es reflejo o cobertura de lo que acaece en el transfondo de la Sociedad de México en el decurso de su historia. ¿Qué doctrina emana de la Constitución de Querétaro? Ella ensambla en orientación y contenido genérico con la de 1857. Constituyen dos fases de la realidad mexicana correspondientes a un proceso idéntico y arrojan la doctrina educativa de México no sólo en sus preclaros artículos terceros. Es que no atañe sólo a lo educativo lo expresado como tal en los cuerpos constitucionales; éstos son normativos integrales de la sociedad y poseerá por lo tanto, valor pedagógico cuanto aluda, esboce o plantee una aspiración humana de bienestar material, decoro cívico, exaltación de valores entrañables como el trabajo, recursos materiales y espirituales de la patria, convivencia digna y tolerante, integración del patrimonio nacional indivisible con valoración humanista de fuerzas superadoras de la nacionalidad. Por ello no puede aislarse el artículo tercero sin mutilar y descabalar el cuerpo constitucional íntegro. Y por esbozar conducta normativa del Estado mexicano ante eminentes problemas sociales y humanos, de los artículos constitucionales 1, 2, 3, 4, 6, 7, 22, 24, 27, 31, 34, 123 y 130, se deriva en lo esencial una cosmovisión de la sociedad mexicana y por ende una filosofía social y política que impregna y condiciona la educación. Porque no pasarán de escarceos académicos o bizantinismos de clasificación formalista los intentos de ubicar la doctrina filosófica de la educación en México dentro de los moldes rígidos de los *ismos* filosóficos, tan profusos en el mundo de la cultura desde que la nación se emancipa de España. En afán erudito de taxonomía o identificación artificiales que nada aportaría en definitiva, podrían hallarse rasgos dispersos y heteróclitos de doctrinas filosóficas

diversas, todas dispuestas ora en singular eclecticismo, ora en peregrina yuxtaposición. ¿Qué ganamos con precisar elementos de naturalismo o evolucionismo spenceriano, supervivencias escolásticas, cientificismo comtiano o atisbos intuicionistas o fenomenológicos, presencias neokantianas o imprecisos perfiles proudhonianos? Y sería además, dislate pedantesco que nos identificaría con don Avito Carrascal. Lo sería tanto como reprochar que la psicología de las facultades, inhíbita en el artículo tercero de 1917, era anacrónica antigualla de la ciencia cuando se congregaban en Querétaro los legisladores preclaros.

Creo que son tres órdenes de fuentes los que nutren la doctrina de la educación mexicana: la filosofía jurídica que sustenta el Estado, el contenido social de la Revolución de 1910 y los artículos constitucionales citados. De las tres fuentes emanan las características doctrinarias de la pedagogía mexicana, mismas que en otro trabajo hemos precisado en número de cuarentidós modalidades perceptiblemente identificables. Allí están los valores y finalidades educativos, que en afán culterano nombran axiología y teleología pedagógicas. Con lenguaje helenista de don Alfonso Reyes, diríase que la educación mexicana está ante una *aporía*, es decir, sin camino ni meta. No lo creemos. Hay crisis de crecimiento que aún no ha devenido en mudanza cualitativa ni síntesis doctrinaria.

Por ello insisto tenazmente en que más que una filosofía enteca y rígida de la educación mexicana, debe inquietarnos una sociología de nuestra cultura, de cuyo seno emerge la educación. Ella es compendio y suma de la evolución de México en lucha por proscribir chovinismos aldeanos y auto-suficiencias suicidas. Española, india, mestiza y ecuménica, nuestra cultura será permeable a toda influencia fecunda que sirva de vehículo a valores humanistas sin eclipse. Y ello es una visión pedagógica de la cultura merced a la cual el rapsoda del corrido, el danzante de los atrios, el mural narrativo de la epopeya histórica, el gimnasta del certamen atlético, el indígena recoleto en sus tradiciones, el alfarero y el tejedor y el confitero, el huapango y la bamba y el jarabe, erígense en educadores del alma popular. Tal es una pedagogía de la cultura, que por sensibilidad y vibración mexicanísimas, posee mayor repercusión sociológica que farragosos tratados técnicos.

Desde septiembre de 1910 cuando don Justo Sierra pronunciaba el discurso reinaugural de la Universidad Nacional y desde el coetáneo congreso de educación primaria, viénesse planteando con meridiana precisión la conquista y unificación espiritual de la patria a través de los canales educativos. México pugna por ser uno e indivisible. México rico en gamas y tona-

lidades de emoción. México prolífico en lenguajes mensajeros de concordia y paz universales, soberanía nacional y hallazgo del filón del espíritu. Como el paynani azteca, trotando por serranías y valles con el mensaje de repercusión humana imperecedera. Para propiciar, gestar y fecundar estos fines, ha poco el gobierno federal creó el Consejo Nacional Técnico de la Educación. En la sesión inaugural de su primera asamblea plenaria, el último 28 de noviembre, expresáronse insistentemente las urgencias de erigir la educación en palanca poderosa de unificación nacional. "Unificar a México —decía José Guadalupe Nájera— aplicando como valioso elemento vinculador uno de los más altos valores del espíritu: la educación."

Desiderátum patriótico es que esta faena abarque desde el jardín de niños a la universidad; vincular su proceso al ritmo mudadizo y progresivo de los tiempos y a las palpitaciones humanas de todos los horizontes de la tierra; trocar la Universidad en barro y sangre de México fundida a sus tareas históricas y sus afanes concretos de progreso integral. No será Universidad fiel al surco de México la que se erija en minarete plácido, invernadero de flores exóticas y conciliábulo de togas y birretes doctorales para disputas bizantinas sobre el destino del alma; el avance prodigioso de las ciencias naturales, los inventos del siglo XIX y los deslumbrantes progresos del siglo XX, son casi en su totalidad, extra-universitarios. Entre nosotros, ni las técnicas novísimas en la explotación de hidrocarburos, ni en zootecnia ni en hibridación de cereales y la explotación racional de un inagotable litoral de 10 000 kilómetros, ni en técnicas de lucha contra la enfermedad y el hambre, deben aportes sustanciales al trabajo universitario.

El humanismo tradicional debe conjugarse con la lucha por la dignificación material de la existencia y urge hacer compatibles en el maridaje fecondo a la oda de Píndaro y al estrépito musical del tractor; recitemos inclusive a Homero en el original mientras las segadoras hacinan abundosa cosecha; recordemos los diálogos de Platón mientras la laminadora vomita planchas de acero para la industrialización de México. Cicerón lucirá más nítido con marina mercante mexicana y Aristóteles se naturalizará mexicano cuando el indio y el campesino no sean parías ni curiosidades para hacer antropología y folklore de mero pasatiempo y exhibicionismo turístico.

El máximo capital de México es el hombre. El humanismo de la cultura hará ecuménica la estatura espiritual del hombre de México y la técnica humanizada impulsará a la nación como patrimonio indiviso del hombre. Se sumergirá el brazo en la arcilla del pasado, no para modelar nuevos ídolos sino en búsqueda de lo vital imperecedero de México y el prócer auténtico acaudillará desde su tumba la batalla definitiva; el códice, el perga-

mino y el infolio no serán antiguallas de anticuarios sino fe y constancia del hilo conductor del pueblo gestando héroes y pariendo adalides. Habrá madurado la cultura mexicana en las venas y cicatrices y arrugas y músculos del pueblo.